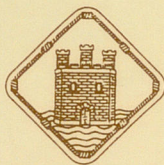


VOLUMEN XV (2003)

Anales COMPLUTENSES

VOLUMEN XV
(2003)

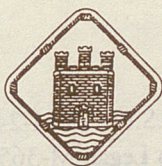
ANALES COMPLUTENSES



Institución de Estudios Complutenses
Alcalá de Henares

Anales COMPLUTENSES

VOLUMEN XV
(2003)



Institución de Estudios Complutenses
Alcalá de Henares

CONSEJO DE REDACCIÓN

MARGARITA VALLEJO GIRVÉS
(Directora)

LUIS DE BLAS FERNÁNDEZ

ÁLVARO LINAJE Y DE LEÓN

JOSUÉ LLULL PEÑALBA

M.^a ÁNGELES SANTOS QUER

JOSÉ LUIS VALLE MARTÍN

FRANCISCO VIANA GIL

GEMA GORDO FRAILE
(Secretaria)

INSTITUCIÓN DE ESTUDIOS COMPLUTENSES

Edificio Santa Úrsula
C/. Santa Úrsula, 1 - Despacho 2
28801 Alcalá de Henares (Madrid)

I.S.S.N.: 0214-2474

Depósito Legal: M-36530-1995

Imprenta: MANUEL BALLESTEROS. INDUSTRIAS GRÁFICAS, S.L.
Plaza de los Irlandeses, locales 2 y 3. 28801 Alcalá de Henares (Madrid)



ÍNDICE

ACTIVIDAD INSTITUCIONAL

Junta de Gobierno	7
Consejo de Redacción	8
Memoria de Actividades	9
Catálogo de Publicaciones	13
<i>Presentación</i>	19

ESTUDIOS

<i>Razones y sinrazones en el Quijote</i> , por VEGAS GONZÁLEZ, Serafín	23
<i>La guerra en los fueros medievales de Alcalá de Henares y de su tierra en los siglos XII y XIII</i> , por DÍAZ GONZÁLEZ, Francisco Javier	49
<i>Las iniciales en libros impresos en Alcalá de Henares por Juan de Brocar hasta 1560</i> , por SANTOS QUER, M. ^a Ángeles	59
<i>Una pequeña obra de arte oculta</i> , por GARCÍA GUTIÉRREZ, Francisco Javier	65
<i>Una Santa Teresa de Jesús, de Juan Delgado en el Oratorio de San Felipe Neri en Alcalá de Henares y algunas noticias sobre su autor</i> , por BARRIO MOYA, José Luis	75
<i>A propósito de las propiedades rústicas y urbanas del colegio-convento "San Nicolás de Tolentino" de Alcalá de Henares en 1753</i> , por ORTEGA CALAHORRA, Jesús	111
<i>Enterramientos. Las normas ilustradas y su impacto en Alcalá y su partido</i> , por VALLE MARTÍN, José Luis	129
<i>Noticias sobre la arquitectura de Alcalá de Henares en los siglos XIX y XX</i> , por LLULL PEÑALBA, Josué	151
<i>La U.G.T. en Alcalá de Henares</i> , por VADILLO MUÑOZ, Julián	177
<i>Prisioneros franceses internados en el Real Sitio de San Fernando tras la Batalla de Bailén</i> , por DE DIEGO PAREJA, Luis Miguel	187

DOCUMENTOS

<i>Un cuadernillo del censo de vecinos de Alcalá en 1619</i> , por PAREDES, Florentino	199
<i>Autores jansenistas en la biblioteca del Oratorio de Alcalá de Henares</i> , por ALBA, Ángel	217
<i>Documentos relativos a Alcalá de Henares y sus personajes en el "Codoin"</i> , por RUIZ JIMÉNEZ, Daniel	231

RESEÑAS

<i>Fernando I de Habsburgo</i> , de Arsenio Lope Huerta, por M. Vicente SÁNCHEZ MOLTÓ	245
<i>Río Henares abajo</i> , de Arsenio Lope Huerta, por Jesús PAJARES ORTEGA	247
<i>Historia de la villa de Campo Real</i> , de Jesús Antonio de la Torre Briceño, por Luis Miguel de DIEGO PAREJA	249
<i>Historia de Meco</i> , de Francisco Javier García Gutiérrez, por Luis Miguel de DIEGO PAREJA	251
<i>Acta Antiqua Complutensia III: Santos, Obispos y reliquias. Actas del III Encuentro Internacional Hispania en la antigüedad tardía</i> , de Luis García Moreno, Elvira Gil Egea, Sebastián Rascón Marqués y Margarita Vallejo Girvés, por María Jesús ALBARRÁN MARTÍNEZ	252
<i>Alcalá de Henares. La ciudad literaria</i> , de Enrique M. Pérez Martínez, por José Luis VALLE MARTÍN	254
<i>Villalbilla y Los Hueros. Historia de dos villas castellanas</i> , de M. Vicente Sánchez Moltó, por Francisco Javier GARCÍA GUTIÉRREZ	256
<i>Fernando I. Un emperador español en el Sacro Imperio (1503-1564)</i> , de Ramón González Navarro, por Francisco Javier GARCÍA GUTIÉRREZ	258
<i>Alcalá de Henares, crónica general</i> , de Luis Miguel de Diego Pareja y José Carlos Canalda Cámara, por José Antonio MONTERO	260
<i>Visita de los miembros de la sociedad hispánica de Peterborough a Alcalá de Henares</i> , por M. ^a Jesús VÁZQUEZ MADRUGA	261

NORMAS DE COLABORADORES

269

ENTERRAMIENTOS. LAS NORMAS ILUSTRADAS Y SU IMPACTO EN ALCALÁ Y SU PARTIDO.

José Luis Valle Martín



a a ser precisamente en la centuria dieciochesca, gozne en muchos otros aspectos, cuando se inicia un cambio trascendental en los hábitos de enterrar los cadáveres; y no es casualidad que estas modificaciones, que comentaremos más adelante, sucedieran precisamente en el devenir histórico del tercio final del siglo influidas, como tantas diferentes circunstancias, por el nuevo espíritu de las luces. La tradición, hasta ese momento prácticamente incuestionable en tantos campos, era sometida a análisis por una nueva razón no dispuesta a aceptar lo que la costumbre consideraba inmutable. Concretamente en los enterramientos, en la forma y lugares en que eran llevados a cabo, el estudio racional pronto indicó la necesidad de tomar medidas anticonsuetudinarias dirigidas a mejorar la “higiene y salud pública”.

Veremos a continuación, tomando como base algunas aportaciones de José Luis Galán Cabilla, en una breve reseña histórica, como curiosamente no se inventó nada, lo que tampoco supone una novedad, y lo que ilustrados propusieron y acometieron suponía, aunque en ocasiones no fueran totalmente conscientes de ello, una vuelta a los usos funerarios antiguos, que muchos largos siglos medievales y modernos habían obviado.

En los últimos siglos tardoantiguos y primeros del Medioevo, costumbres funerarias y disposiciones eclesiásticas siguieron un camino paralelo en el sentido de enterrar los cadáveres fuera de las Iglesias; camino que comenzó a divergir ya

antes del siglo XI y muy claramente en esta centuria, cuando paulatinamente en un largo proceso en el que más tarde insistiremos, se fueron sepultando los difuntos en el interior de los templos o en sus zonas más inmediatas. Las Partidas, magnífico y precioso documento del siglo XIII, muestran tanto las costumbres anteriores como el desarrollo de las descritas; así, haciendo mención a la prohibición general de enterrar en las Iglesias, se ponen de manifiesto una serie de excepciones, que serían paso para la posterior extensión a todos los fieles. Dice así al respecto: "*Soterrar non deuen ninguno en la iglesia si non a personas ciertas, que son nombradas en esta ley, ansi como a los Reyes, e a las Reynas, e a sus fijos, e a los Obispos, e a los Priores, e a los Maestros, e a los Comendadores que son perlados de las ordenes, e de las Iglesias Conuentuales, e a los ricos omes, e los omes honrrados que fiziessen iglesias de nuevo, o monesterios, o escogiesen en ellas sepulturas, e a todo ome que fuesse clerigo, o lego que lo meresciesse por santidad de buena vida, o de buenas obras*"¹. Como se observa, demasiadas excepciones a la norma general, que al extenderse y ampliarse, hicieron de la norma la excepción, y de la excepción la pauta.

Fue, como muchos procesos, una evolución larga y lenta que se inició, sin duda influida por el crecimiento de las poblaciones, que englobó antiguos cementerios en los nuevos cascos urbanos, y por un giro en las mentalidades, en el sentido de pensar un más favorable acceso del alma al paraíso si el cadáver quedaba depositado en un lugar sagrado, mejor si era dentro de un templo, y aún más si lo era cerca del altar. Quizás sea conveniente volver a insistir en que esta tendencia, que llegó a ser masiva en los siglos XVI y XVII era contraria a la normativa eclesiástica, que en sucesivos concilios refrendó su postura de oposición a la sepultura indiscriminada en los templos².

Una interrogante surge inmediatamente: ¿Por qué a pesar de la disciplina contraria de la Iglesia se permitieron, e incluso alentaron, desde los cleros locales los enterramientos en las iglesias y sus respectivos alrededores? Parece lógico pensar que al menos tres factores incidieron en ello: la mentalidad y baja formación del clero, el poder y la economía. Efectivamente muchos sacerdotes estarían plenamente convencidos de que el tomar como lugar de enterramiento la casa de Dios reportaría beneficios espirituales para las almas de los difuntos, tanto por el propio carácter

¹ Partida Primera, Título XIII, Ley XI. Las Siete Partidas. Edición facsímil editado por el B.O.E. de una publicación editada en Salamanca en 1555 por Andrea de Portonaris. Pag. 108.

² GALÁN CABILLA, José Luis; *Madrid y los cementerios en el siglo XVIII: El fracaso de una reforma*; en *Carlos III, Madrid y la Ilustración*; Siglo Veintiuno de España Editores; Madrid; 1988; pga. 257.

sagrado del terreno, como porque en éste podría producirse y potenciarse una interrelación vivos-muertos, en la que las almas purgantes de los segundos obtendrían beneficios de las oraciones y limosnas de los primeros. Pero tampoco deben considerarse baladíes los otros dos componentes, ya que la situación dejaba totalmente en las manos de los sacerdotes locales la decisión de donde sería enterrado cada fiel, situándoles en una faceta más por encima de aquellos y reportando ingresos pecuniarios significativos en la pugna de los feligreses más adinerados por conseguir para ellos y sus familias un lugar de sepultura preeminente, que permitiera al alma un mejor punto de partida hacia Dios y un lugar desde el que demostrar la raigambre familiar, elemento de enorme trascendencia en el Antiguo Régimen, donde las diferencias sociales debían quedar perfectamente marcadas en todos los aspectos.

Como es lógico, el enterramiento masivo en el interior de la Iglesias llevaba implícito un detrimento de la higiene y el bienestar de los fieles que acudían a las ceremonias religiosas. El poco espacio disponible hacía que con frecuencia no pudieran mantenerse incólumes las sepulturas el tiempo suficiente para asegurar la consunción de los cadáveres y que estos no se depositaran a una profundidad recomendable, lo que sumado a la estanqueidad de un ambiente poco ventilado, producía unos hedores difíciles de soportar. Numerosos documentos refieren esta sensación no solamente para las iglesias, sino para los hospitales, las calles, las industrias y los ríos, como si la hediondez fuese consustancial con la vida ordinaria del Medioevo y los siglos posteriores, haciendo buenas las palabras de Süskind en su publicación mencionada por SOUBEYROUX: *"En la época que nos ocupa reinaba en las ciudades un hedor apenas concebible para el hombre moderno ... Apestaban los ríos, apestaban las plazas, apestaban las iglesias"*³.

El progreso de algunas disciplinas, entre ellas de los conocimientos médicos, y muy especialmente de los relacionados con la higiene, sumado al sistemático empleo de la razón recomendado constantemente por los ilustrados, pronto concluyeron en la necesidad de modificar la manera, y muy especialmente los lugares de enterramiento de los difuntos; se potenciaron aún más estas opiniones con algunas procedentes de ciertos miembros de la jerarquía eclesial, convencidos de que los malos olores en los templos alejaban a los fieles de la práctica religiosa y volviendo a insistir en el alejamiento entre los entierros sistemáticos en los templos y de las disposiciones al respecto de la Iglesia. La valoración de la problemática fue aumentado a lo largo del siglo XVIII, alcanzando un momento álgido en la

³ SÜSKIND, P.; *El Perfume*, Ed. Seix Barral; Barcelona; 1985; pag. 9.

octava década, una vez asentada en el reino la orientación ilustrada que Carlos III decidió dar a sus gobiernos. Un informe de la Academia Médica Matritense citaba más de quince autores que en aquellos momentos presentaron opiniones sobre el tema; entre ellos: Muratori, Arbunot, Maret, Hagenot, Navier, Haller, Hoffman, Van Espen y Vicq d'Azir⁴.

Fruto de todas las deliberaciones del momento, de algunas epidemias achacadas ya directamente a las inhumaciones en las iglesias y de ciertas consultas en relación al tema que fueron elevadas al monarca, éste sometió en 1781 a la deliberación del Consejo de Castilla una Real Orden que motivó en el mismo la generación de un expediente, que acabó imprimiéndose en 1786 con el título de *Memorial Ajustado del expediente seguido en el Consejo en virtud de orden de S.M. de 24 de marzo de 1781 sobre establecimiento general de cementerios*⁵. Aunque ya en el mismo año de 1781 se habían comenzado a solicitar y recibir informes, entre los que Galán Cabilla destaca los procedentes de: la Academia Médica Matritense, La Real Academia de la Historia, distintas cortes extranjeras que ya habían abordado el asunto y tomado medidas, así como, y esto era de enorme importancia dado el papel a jugar por la Iglesia, los informes requeridos a los MM. RR. Arzobispos y RR. Obispos españoles⁶.

Algunas curiosidades deben resaltarse sobre el camino seguido por el expediente a lo largo del trámite preciso de su estudio por el Consejo. Así, aunque la mayoría de los informes recibidos mostraban las ventajas de volver a sacar los enterramientos fuera de las iglesias y recomendaban esa actitud, en las reuniones decisivas del plenario del mismo se decidió que el informe final que habría de elevar a Carlos III, lo sería en el sentido de no haber por el momento “*causa que obligue a alterar la actual costumbre de los enterramientos dentro de las iglesias, y que si se introdujese contraria practica universal no podría ser sin perjuicios, ni tampoco verificarse*”⁷. Si embargo el rey hizo caso omiso del informe, por supuesto no vinculante del Consejo de Castilla, y en una Real Cédula en la que se deja ver la influencia de Floridablanca y Campomanes, emitida el 3 de abril de 1787, bajo el epígrafe *Restablecimiento de la Disciplina de la Iglesia en el uso y construccion de cimiterios, segun el Ritual Romano*⁸, dispone una serie de medidas destinadas a la recuperación de los cementerios.

⁴ GALÁN CABILLA, José Luis; Ob. Cit.; pag. 261.

⁵ AHN, Consejos, leg. 1032.

⁶ GALÁN CABILLA, José Luis; Ob. Cit.; pag. 264.

⁷ AHN, Consejos, leg. 1032.

⁸ Novísima Recopilación; Libro I, Título III, Ley I; Madrid; 1805.

Comienza la orden real justificando la medida como acorde a la disciplina eclesiástica: era muy importante dejar claro que lo que se proponía era la ley de la Iglesia, que se estaba contraviniendo sistemáticamente⁹. Hace luego mención a las Partidas, enlazando directamente su ley con ellas, y anunciando que deberán respetarse las excepciones previstas en las disposiciones del Rey Sabio, aunque estima que dichas singularidades deberán basarse en sólidos argumentos, dando nítidamente a entender que hasta la promulgación de su Real Orden no se estaba haciendo así.

Si restablecer la disciplina eclesiástica, aunque presentado como justificación, era realmente el pretexto, pronto aparece, en el punto 2 de la Ley, la verdadera razón real y motivo de gran preocupación de los ilustrados: la salud pública¹⁰.

Carlos III es desde el principio absolutamente consciente de las grandes dificultades ideológicas y económicas que la ejecución de su real disposición va a arrostrar, como tendremos ocasión de demostrar sobradamente en el caso alcalaíno, por ello el soberano recomienda una aplicación prudente y progresiva de la norma que acaba de establecer, para lo que aconseja la estrecha colaboración entre las autoridades civiles y religiosas y tener en cuenta siempre presente la salud pública como primer elemento a considerar en las decisiones que se hayan de tomar¹¹.

El punto 3 de la Real Cédula gira de lo teórico a lo eminentemente práctico, y lo hace de una forma clara, directa y sin ambages, en unos términos que serán repetidos a lo largo del espacio, por todo el reino, y del tiempo, en sucesivas disposiciones legales: *"Se barán los cimiterios fuera de las poblaciones, siempre que no hubiere dificultad invencible ó grandes anchuras dentro de ellas, en sitios ventilados é inmediatos á las Parroquias, y distantes de las casas de los vecinos; y se aprovecharán para capillas de los mismos cimiterios las ermitas que existan fuera*

⁹ "...que se observen las disposiciones canónicas, de que soy protector, para el restablecimiento de la Disciplina de la Iglesia, en el uso y construccion de cimiterios, segun lo mandado en el Ritual Romano".

¹⁰ "Para que todo se execute con la prudencia y buen orden que deseo en beneficio de la salud pública de mis súbditos".

¹¹ "Para que todo se execute con la prudencia y buen orden que deseo en beneficio de la salud pública de mis súbditos, decoro de los templos y decoro de las familias cuyos individuos de bayan de enterrar en los cimiterios, se pondrán de acuerdo con los Prelados eclesiásticos los Corregidores, como delegados mios y del Consejo en todo el distrito de sus partidos; procurando llevar por partes esta importante materia, comenzando por los lugares en que haya ó hubiere habido epidemias, ó estuviesen mas expuestos á ellas, siguiendo por los mas populosos, y por las Parroquias de mayores feligresías en que sean mas frecuentes los entierros, y continuando despues por los demas".

de los pueblos, como se ha empezado á practicar en algunos con buen suceso". Se manifiestan en este punto evidentes normas higiénicas, religiosas y económicas: la organización urbanística medieval huía de los grandes espacios en las poblaciones, con el fin de situar intramuros la mayor cantidad posible de población; sin duda era este un elemento de trascendente importancia en la propagación de enfermedades infecciosas, y aún más si la convivencia con los restos cadavéricos era casi directa; consecuentemente la primera medida que los higienistas habían de recomendar, y que el rey tomó, era sacar los enterramientos de esos pueblos y ciudades apiñados y trasladarlos extramuros, a lugares abiertos y ventilados. Circunstancia que, como puede verse, ya se estaba ensayando en algunos lugares del reino, sin que al parecer se pusieran en evidencia todos los impedimentos previstos por el Consejo de Castilla.

El Rey es consciente de que la medida no ha de ser vista con enemistad por la Iglesia, por ello pide primero informes a la jerarquía y luego decide que la ley se aplique en colaboración con las autoridades locales eclesiásticas, en dependencia directa de las parroquias. Para evitar gastos añadidos, tanto a la Iglesia como a los ayuntamientos, en unos momentos en que las respectivas economías, aunque evidentemente más las municipales, no eran muy boyantes, el monarca ordena que se construyan los cementerios cerca de ermitas, asumiendo éstas el papel de capillas de los mismos. Aún hoy, cuando se visitan los pueblos del alfoz complutense y de muchos otros lugares de la geografía hispana puede apreciarse claramente la vecindad entre cementerios y antiguas ermitas.

Las disposiciones finales dan instrucciones de cómo se harán planos y obras y con que fondos se contará para esta finalidad¹². No debe extrañar el que se cargaran los costes a las Iglesias, pues contaban con más fondos y recibían ingresos por varios conceptos relacionados con los entierros.

El caso alcalaíno

No debió retardarse mucho la llegada a Alcalá de la Cédula Real referente a la construcción de cementerios, pues ya con fecha 30 de mayo de 1787, el corregidor y justicia mayor de la ciudad y su partido, licenciado Ángel Nieto y Sossa, firma la

¹² *"La construccion de los cimiterios se executará á la menor costa posible baxo el plan o diseño que harán formar los Curas de acuerdo con el Corregidor del partido...se procederá á las obras necesarias, costeándose de los caudales de fábrica de las Iglesias, si los hubiere y lo que faltare se prorrateará entre los partícipes en diezmos, incluidas mis reales tercias, Excusado, y Fondo pio de pobres ayudando tambien los caudales públicos...y con los terrenos en que se haya de construir el cimiterio, si fueren concejiles o de propios"*.

orden de envío a los distintos pueblos dependientes de la jurisdicción complutense de dos despachos de vereda, uno para cada zona de las dos que se establecen en el partido, a fin de facilitar la distribución de lo dispuesto por el monarca. Cada una de estas zonas sería recorrida por un "conductor", encargado de entregar a los diferentes justicias de los pueblos una copia impresa de la Real orden y de recoger por escrito el recibo y enterado de la misma¹³.

Este documento del corregidor presenta varios elementos significativos y dignos de consideración: en primer lugar, no solamente transmite íntegro e impreso el texto del Rey para evitar omisiones o incumplimientos, voluntarios o no, sino que insiste en su consideración y en la necesidad de comunicárselo inmediatamente a los párrocos, elementos cuya colaboración era, como ya hemos comentado, fundamental en el terreno de los sepelios. Otro hecho a ser valorado es que se aprovecha el viaje de los conductores para transmitir dos diferentes reales órdenes, mostrando la cierta dificultad o carestía que el procedimiento llevaba aparejado; en esta ocasión la cédula que acompaña a la que estamos considerando, se refiere a la creación en Madrid de un colegio para la enseñanza de la cirugía con el nombre de San Carlos. Y, por fin, nos da pie a hacer un estudio de las sendas y caminos que recorrían habitualmente los conductores de los despachos de vereda por el partido alcaláino, el tiempo que empleaban en su recorrido y las percepciones que recibían por su labor. Como a mi juicio el primer factor ya ha quedado suficientemente justificado, dedicaré un breve pero necesario comentario al segundo, y me extenderé algo más en el último, por tener una estrecha relación con la vida cotidiana de Alcalá de Henares y su partido en aquellos momentos, y en este caso particular, con la cuestión que estamos considerando.

¹³ AMA(H). Legajo 597/1: "*Liz.do d.n Angel Nieto, y Sossa, Abogado de los R.s Consejos, Corregidor y Justicia Mayor de esta Ciudad de Alcalá de Henares su tierra y Jurisdiccion [rúbrica].*"

A las Justicias ordinarias de las villas de la vereda de la tierra de este mi Partido q.^a al pie birán señaladas: Hago saber, que por el Real, y Supremo Consejo de Castilla se me han comunicado dos R.^s Zedulas de S.M., q.^e Dios gue., la una por la se manda restablecer el uso de Cementerios ventilados para sepultar los Cadaveres de los fieles, y la otra sobre erección y establezim.¹⁰ de un colegio p.^a la enseñanza de Zirugia en la villa y Corte de Madrid con el titulo de S.^{ta} Carlos vajo la inmediata proteccion del Consejo; como resulta de los dos impresos que se dejarán por el conductor én cada Pueblo. Y para que tenga cumplido efecto quanto se ordena por dhas. dos R.^s Zedulas, probey auto decretando se imprimiesen y se comunicasen por vereda a las villas de este mi Partido, como así se preceptua por dba. R.^{ta} Superioridad, y en su ejecucion y debido cumplimiento despido el presente, por el cual mando que luego de cómo les sea presentado poniendo el correspond.¹⁰ rezibo cumplan y guarden quanto por dhas. dos R.^s Zedulas se ordena con manifest.¹⁰ á los Parrochos, para su puntual cumplim.¹⁰.

Una de las constantes de los ilustrados, como ya se ha expuesto, fue abogar por la mejora de la higiene de los pueblos y ciudades y crear una red sanitaria en todo en todo el reino. Fruto de esta idea general son, curiosamente, la dos cédulas sometidas aquí a atención; si la construcción de cementerios en lugares ventilados, abiertos y alejados de la población era primordial para evitar, no solamente olores desagradables, sino transmisión de enfermedades; otro elemento al menos de similar trascendencia, suponía el que cerca de los enfermos hubiera profesionales capacitados para combatir los procesos morbosos. Fruto de esta idea fue la creación de los Colegios de Cirugía; sin ir más lejos, el de Madrid, cuya fundación es anunciada en los mismos despachos de vereda que estamos estudiando, tuvo muy pronto entre sus intenciones la provisión de médicos a los pueblos. Debe decirse aquí que el colegio citado, por cuyas aulas pasaron los más eminentes doctores y profesores de medicina, es el antecesor de la facultad de Medicina de Madrid en general, y del Hospital Clínico de San Carlos, en particular, que tantos enfermos ha asistido y tantos médicos ha formado.

Los dos despachos de vereda están manuscritos y transmiten exactamente el mismo texto con pequeñas modificaciones, achacables a los copistas, en ortografía y abreviaturas; exclusivamente cambian a la hora de designar al conductor, uno distinto para cada zona¹⁴. Coinciden incluso en indicar las cantidades que, como derechos de impresión y conducción, debería abonar cada ayuntamiento, disponiendo que a todos los pueblos se les cobren 5 reales como gastos de impresión y seis como gastos de conducción.

La exigencia de recoger la firma de cada autoridad municipal permite seguir, prácticamente a la hora, el camino de cada uno de los conductores: recibirían uno de los despachos de vereda, el portado por Fausto de León, los siguientes pueblos, citados según el recorrido seguido por el conductor: Los Hueros, Torres, Loeches, Arganda, Campo Real, Pozuelo del Rey, Valdilecha, Tielmes, Carabaña, Belinchón, Orusco, Ambite, Villar del Olmo, La Olmeda, Pezuela, Corpa, Valverde, Villabilla, Anchuelo, Santorcaz y Los Santos de la Humosa. El día 1 de junio terminó el portador en Pozuelo del Rey, el 2 en Carabaña, el 3 sólo estuvo en Belinchón, y el 4 completó su recorrido. El despacho conducido por Bernabé Rodríguez, siguió camino alcanzando los siguientes objetivos: El día 1 de junio, Torrejón de Ardoz, Daganzo de Abajo, Ajalvir, Algete, Alalpardo, y Talamanca; el día 2, Venturada,

¹⁴ AMA(H): Legajo 597/1: “y por conductor de este mi despacho nombro a Bernabe Rodríguez [en el otro se nombra a Fausto de Leon] , vecino de esta Ciudad a quien satisfaran los dros. que biran señalados, de Impresion y su trabajo, y no le detendrán mas tiempo q.e él preziso de media hora para poner el cumplimiento y rezibo”.

Cabanillas, Redueña, Torrelaguna, y Torremocha; el 3, El Berrueco, Uceda, Alpedrete, y Valdepeñas; y el 4, Tortuero, Valdesotos, Puebla de Valles, Matarrubia y La Casa de Uceda. En todos los casos, la autoridad del lugar o su representante firma para que conste que ha recibido los dos impresos que se relacionan en el correspondiente despacho.

La insistencia real cesó en su fuerza, o fue sistemáticamente incumplida por la población, o ambos factores convergieron; el hecho es que no se observan nuevas iniciativas en lo relativo a los cementerios hasta el año 1804, cuando la cuestión es retomada con cierto empeño. Circunstancia que no deja de tener relación con la penuria y crisis de subsistencia que se produjo en torno al mencionado año. Como en toda crisis de subsistencia, y la acontecida entre los años 1802 y 1804 fue muy intensa, la desnutrición conllevó aparejadas la proliferación epidémica de enfermedades infecciosas y el aumento de la mortalidad. Dado que la mayoría de los lugares había hecho, al parecer, caso omiso a las instrucciones de 1787, en los espacios reducidos de las iglesias había que enterrar más cadáveres en menos tiempo, lo que significaba forzosamente prescindir del preciso tiempo para la consunción de los cuerpos de los difuntos antes de reabrir las sepulturas. Proceso que, como es lógico, además de incrementar la hediondez en los templos, favorecía aún más la transmisión de procesos morbosos.

Dos circulares aprobadas por Carlos IV y emitidas por el Consejo de Castilla los días 26 de abril y 28 de junio de 1804, sientan las bases de la recuperación del interés de los gobiernos de la corona por reabrir el proceso iniciado por Carlos III. La primera de ellas es remitida al "Alcalde Mayor de Alcalá" por el Sr. Don Bartolomé Muñoz de Torres, secretario de Cámara más antiguo y de Gobierno del Supremo Consejo de Castilla¹⁵. Por si quedaba alguna duda de la relación entre este nuevo interés de la Corona y sus gobiernos y la mencionada crisis de subsistencia, el primer párrafo de la orden circular de 26 de abril deja poco lugar para las dudas¹⁶.

Puesto que no es cuestión reconocer la negligencia, anuncia como el amor del rey por sus súbditos ya le había hecho solicitar informes al Consejo en 1799 sobre la manera de activar la puesta en práctica de la Cédula paterna, anticipándose

¹⁵ AMA(H). Legajo 597/2.

¹⁶ AMA(H). Legajo 597/2: "Los funestos efectos que ha producido siempre el abuso de enterrar los cadáveres en las Iglesias, se han comprobado con mucha especialidad en los años próximos y en el presente, en que afligidas las mas de las Provincias del Reyno, y muy señaladamente las de las dos Castillas, con enfermedades malignas, han experimentado un lastimoso estrago, que apénas han bastado á contener el incesante desvelo y auxilios de S. M., y las oportunas providencias del Consejo".

S.M. a las circunstancias y necesidades que ahora (en 1804) se producían; y tratando de vencer las oposiciones de muchos a los cambios deseados por la Corona¹⁷; y que ahora son más fáciles de subyugar, pues los pueblos son persuadidos de la necesidad de estas modificaciones en la costumbre de enterrar, cuando la epidemias demuestran lo nefasto que puede llegar a ser continuar la antigua e injustificada tradición de enterrar en las iglesias.

Se expone también el interés real porque se siga la disciplina de la Iglesia, ya tantas veces comentada en lo referente a los enterramientos, y como alejando de los templos los depósitos de cadáveres, no sólo se mejorará la higiene y se cumplirán las disposiciones eclesiásticas, sino que la casa de Dios estará más pura, como merece Nuestro Señor, y los fieles acudirán a orar con mayor complacencia y asiduidad¹⁸. Si buceamos un poco más en este último punto, podemos entrever un mensaje subliminal a aquellos párrocos que podrían negarse a la reforma pensando que disminuirían los ingresos de sus iglesias si dejaban de controlar directamente los entierros. Ya Carlos III decidió que todo había de realizarse de acuerdo con las autoridades eclesiásticas y, por supuesto, estas deberían estar presentes en todos los enterramientos, sin olvidarse funerales y demás celebraciones litúrgicas relacionadas con la muerte; Carlos IV se lo recuerda ahora con muy pocas palabras: "...y que puede verificarse esta sin alteracion substancial en el sistema actual de funerales y sufragios"¹⁹; pero les dice algo más a los sacerdotes: Si quitamos los fétidos olores y los riesgos de transmisión de epidemias, los fieles acudirán en mayor número a los templos; consecuentemente os estamos asegurando un mayor control ideológico y un incremento de las limosnas directas.

Como también sucedía en la real Cédula de Carlos III, y se demuestra con claridad meridiana en la circular que ahora analizamos, se trata siempre de entrelazar religión con política: asegurándose el apoyo de la Iglesia, prácticamente necesario

¹⁷ AMA(H). Legajo 597/2 "....á los que por una adhesion poco reflexiva á toda costumbre estuviéron entónces mas distantes de conocer su importancia".

¹⁸ AMA(H). Legajo 597/2: "Concurre ademas otro motivo efficacísimo para el religioso corazon de S. M., y es la consideracion del respeto y veneracion debidos á la casa de Dios, que habiendo de ser, aun en lo externo, los lugares mas puros, se miran convertidos por un trastorno lamentable de ideas en unos depósitos de podredumbre y corrupcion... retrayéndose muchos de los fieles de freqüentar los Templos, que son los lugares destinados especialisimamente para sus ruegos, se debiliten sucesivamente los sentimientos y actos de piedad y religion, ó de que á lo menos prefieran la concurrencia á las Iglesias en que son ménos comunes los enterramientos, dexando casi abandonadas las Parroquiales, con grave ofensa de la disciplina eclesiástica, y mengua de las instruccion que deben recibir de sus Pastores".

¹⁹ AMA(H). Legajo 597/2.

en aquel tiempo y en esta cuestión, podría conseguirse el mejor cumplimiento por los fieles de lo que la Corona disponía, ya que estaba de acuerdo con lo que aprobaba la representación divina. Este concepto elemental y obvio con la sola lectura de muchos textos de la época, aparece resumido en éste en tres breves y significativas líneas: *“Una providencia dirigida á los dos objetos que llaman mas principalmente la atencion del Rey y que interesan mas al público, el respeto á la religion, y la conservacion de la salud de sus vasallos, no puede dexar de ocupar incesantemente los desvelos de S.M.”*²⁰.

Finaliza la Orden Circular que estamos considerando con la comunicación de que el Rey ha autorizado al Gobernador, Conde de Montarco, a propuesta del Consejo de Castilla, para que nombre un ministro miembro del Consejo, encargado en cada diócesis de coordinar con las autoridades eclesiásticas y civiles todas aquellas medidas precisas y convenientes para la pronta y adecuada ejecución de los deseos reales. Y se permite al ministro, con el fin de agilizar trámites que, salvo circunstancias excepcionales, pueda tomar resoluciones sin necesidad de consulta previa al Consejo. Se comunica a la autoridad alcalaína, que el ministro nombrado a tal fin para el arzobispado de Toledo ha sido don Miguel de Mendinueta, al que se debe prestar todo apoyo y colaboración²¹.

Agustín de Cuadros Rodríguez, “Corregidor y Justicia Mayor de la Ciudad de Alcalá de Henares y su tierra”, da por recibida la orden del escrito anterior el 9 de mayo del citado año de 1804, y en su virtud dispone que se guarde, custodie y tenga presente, para cumplimentar todo lo que al respecto ordenase el ministro designado. Prevé además que, a pesar de no indicarse en la orden, se traslade la misma a las justicias de todos los pueblos del partido, para su mejor y más rápido conocimiento y cumplimiento, y porque además esto no va a suponer gasto alguno, ya que ha de hacerse obligatoriamente con otras ordenes superiores y puede enviarse juntamente con las mismas²². Ordena asimismo que para cumplir en su totalidad la orden se envíe recibo de la misma al secretario del Consejo. Además de la firma del corregidor y dando fe de la autenticidad del documento, aparece la

²⁰ AMA(H). Legajo 597/2.

²¹ AMA(H). Legajo 597/2: “...y espera el Consejo empleará V.S. todo su zelo en un asunto en que se interesa el bien comun, contribuyendo en la parte que le toque con el mayor esmero al puntual y exácto cumplimiento de las órdenes que se le comunicaren de este señor Ministro”.

²² AMA(H). Legajo 597/2: “...prestando a ella el obediencia y cumplim.to debido mandó se custodie y tenga presente para realizar quanto ordenase el Ill.mo Señor d.n Miguel de Mendinueta, del Cons.o y Camara de S.M: que se conteste el recibo, y sin embargo de no prebenirse, como en otras q.e se circule á las Justicias de los Pueblos del Partido de esta Ciudad, bagase respecto no seguirse en esto perjuicio alguno, pues se van á comunicar diferentes Reales ordenes, á un mismo tiempo”.

de Nicolás Azaña, como secretario del ayuntamiento complutense; el cual certifica también, días más tarde, que la orden anterior “*se ha circulado a los Pueblos de este Partido al mismo tiempo que se ha egecutado de otras, dejando un exemplar a cada Justicia, como consta en del Desp.º q.º se reserba*”.

La segunda orden circular ya anunciada, y firmada por el mismo Bartolomé Muñoz el 28 de junio es mucho más minuciosa. Si puede decirse que la de abril era más bien una declaración de intenciones y la toma de medidas iniciales, ésta de junio, sin dejar de insistir en propósitos e ideas, desciende más a los detalles, a valorar las dificultades y proponer posibles soluciones. Es muy posible que tras un estudio, los ministros elevaran al Consejo los problemas y conflictos que la construcción de cementerios podría acarrear, y sobre esos informes se preparara esta nueva orden.

Se trata de un documento de dos folios impresos por ambas caras en el que se dan una serie de instrucciones, para que se cumplan “*con uniformidad en todos los puntos que no pendan de circunstancias particulares*”²³ a fin de que se tengan cuenta a la hora de seguir lo que el rey había dispuesto en lo referente a la construcción de cementerios. Es desde mi punto de vista un escrito de importancia, porque expone con cierta prolijidad todo lo que se había ido valorando desde que Carlos III tomó interés por la cuestión de los enterramientos. En su mismo encabezamiento, se hace constar su directa continuidad con la orden del 26 de abril, exponiendo la necesidad de la construcción de cementerios a la mayor brevedad posible, y como por voluntad real el Consejo ha elaborado estas normas para que todo se haga realidad con la uniformidad deseada.

Se trata de siete reglas, absolutamente independizadas en el documento por una enumeración en el encabezamiento de cada una. La primera insta nuevamente a los corregidores a que pongan máximo empeño en la labor encomendada, y que lo hagan de acuerdo con las autoridades eclesiásticas. Al mismo tiempo, basándose sin duda en las instrucciones de los higienistas, indica que se debe realizar más urgentemente en los lugares considerados de más riesgo sanitario en la posible transmisión de enfermedades: las capitales de provincia y partido (por su mayor posibilidad de hacinamiento y contactos de población); los pueblos donde hubiera habido o sucediera en ese momento epidemias, o se consideraran más susceptibles de padecerlas; y, por último, todas aquellas parroquias que por circunstancias especiales lo requirieran²⁴. Consta otra vez más la necesidad de colaboración de la Iglesia con las medidas destinadas a mejorar la salud pública.

²³ AMA(H). Legajo 597/2.

²⁴ AMA(H). Legajo 597/2: “*Parroquias en que se reconozca que es mayor la urgencia por el número de parroquianos, corto recinto de las Iglesias y otras circunstancias*”.

La regla segunda, bastante más pragmática, pasa ya a exponer medidas claramente destinadas a sacar los enterramientos de los templos. Afirma que los nuevos cementerios no sólo deben sacarse de las iglesias, sino también de las poblaciones, y ser instalados suficientemente alejados de los lugares de habitación y en parajes ventilados: hasta aquí muy poca variación con la Cédula de Carlos III de 1787. Pero hemos anunciado normas más prácticas, y es momento de comentar las que aparecen en esta regla; en este sentido se dice que, además de las condiciones anteriores, los terrenos elegidos para la construcción de los futuros camposantos deberán gozar de unas características especiales, que les permitan absorber prontamente los productos de la putrefacción, facilitando la más rápida desecación de los restos cadavéricos; además debe tomarse la precaución de que tanto el lugar como las propiedades y condiciones del terreno no permitan la llegada de los mencionados productos pútridos a las aguas potables de los vecinos. Yendo más allá, ordena que como la elección de los terrenos que tengan las particularidades exigidas en la orden circular requiere conocimientos técnicos, sean los médicos de cada población los que valoren los terrenos propuestos²⁵.

Todas estas cosas que hoy parecen tan obvias que pueden causar incluso hilaridad, suponen un significativo avance de las normas higiénicas con relación a lo que sucedía unas pocas décadas antes, cuando se desconocía o minusvaloraba la posibilidad de transmitir muchas epidemias a través de las aguas y que importantes contaminaciones de éstas llegaran de cadáveres que se estaban descomponiendo a una cierta distancia de los manantiales o pozos; y cuando los médicos no eran apenas considerados por una población que, por pobreza y/o incultura, tantas veces intrínsecamente ligadas, dejaba su asistencia sanitaria en manos de la Iglesia, opción, por otra parte, no del todo descabellada si se tienen en cuenta la capacidad de las instituciones eclesiásticas y la mala preparación y métodos de los galenos, que poco o nada mejor podían ofrecer fuera de esas instituciones; circunstancia que cambiará de forma muy significativa a lo largo de la centuria decimonónica.

La tercera regla está directamente en consonancia y es continuación de la anterior, y dispone que una vez otorgado al antedicho asentimiento por los médicos, se solicitará de un arquitecto competente o, en su ausencia o falta, del alarife o maestro de obras de más confianza de cada ayuntamiento, el adecuado proyecto, que habrá de contener el correspondiente plano del futuro cementerio y un cálculo aproximado del coste de las obras. A fin de que sean tenidas en cuenta a la hora de

²⁵ AMA(H). Legajo 597/2: “y como el exámen de estas circunstancias pende de cocimientos científicos, deberá preceder un reconocimiento exácto del terreno ó terrenos que parezcan proporcionados, practicado por profesor ó profesores de Medicina acreditados”.

elaborar dichos proyectos, la circular da unas normas a las que deben atenerse; se indica, por ejemplo, que estos lugares de enterramiento deberán estar cercados por vallas de una altura suficiente *"para impedir que puedan entrar en ellos personas ó bestias capaces de causar alguna profanacion opuesta al honor con que deben ser tratados los cadáveres"*²⁶; aunque siempre cuidando en extremo la ventilación de las zonas dedicadas a sepultura. Debe también prepararse una superficie adecuadamente amplia, para que no quede pronto insuficiente a medida que se vayan sepultando personas, tanto si el ritmo de enterramientos es normal, como si aumentara en momentos de epidemias o crisis de subsistencia²⁷.

Serán convenientes, pero no imprescindibles, una serie de instalaciones en los nuevos cementerios, y de ello se ocupa la cuarta regla. En primer lugar, como es lógico, la capilla; la crisis económica que el reino vivía de siglos atrás aconsejaba no dilapidar fondos públicos, pero era muy beneficioso que los camposantos tuvieran un lugar de oración y recogimiento. Carlos III ya había encontrado una solución que armonizara ambos requerimientos: construir los cementerios junto a alguna de las ermitas que en la mayoría de los pueblos y ciudades estaban ya edificadas alejadas de los lugares de población. La orden circular de 28 de junio de 1804, la vuelve a recoger, pero consciente de que puede haber pueblos en que no se den las condiciones para ello y no se disponga de fondos para la construcción de la capilla cementerial, se les autoriza a representar la misma colocando una cruz en el centro del huerto del Señor. Se consideran también útiles y favorables, pero en ningún caso obligatorias, las habitaciones para capellanes y sepultureros, así como los osarios, que permitan *"el desahogo y limpieza de los Cementerios"*, muy especialmente en las grandes poblaciones, en las que sin este "deshogo" muy pronto podrían quedar saturados e inservibles. Sin que, y aquí sí que se muestra la urgencia que se pretende dar a la orden circular, en ningún modo la pretensión de erigir estas instalaciones sirva de pretexto para retrasar la puesta en marcha de la pronta construcción de cementerios²⁸.

²⁶ AMA(H). Legajo 597/2.

²⁷ AMA(H). Legajo 597/2: *"...que su recinto debe ser de tal extensión, que no solo puedan enterrarse los cadáveres que resulten en un año comun, deducido de un quinquenio, y calculado de manera que colocándose dos cadáveres en cada sepultura pueda dárseles el tiempo de tres años para su consuncion ó desecacion, sino que quede ademas algun terreno sobrante para ocurrencias extraordinarias"*.

²⁸ AMA(H). Legajo 597/2: *"...pero ni deberán considerarse de necesidad estas obras, ni retardarse con ocasion de ellas la construccion de Cementerios, pues en los Pueblos cortos; donde no sea fácil proporcionar fondos para Capilla, osario y dichas habitaciones; ó donde no se tenga por oportuno establecerlas, bastará por ahora que cercándose hasta la altura conveniente los Cementerios, se coloque una Cruz en medio de ellos"*.

Se presumía, como así parece que sucedió, que todos aquellos colectivos que hasta entonces gozaban de prioridades a la hora de ser soterrados en los templos, no vieran con buenos ojos la nueva normativa que se les quería imponer; precisamente a ellos, con la intención de limar asperezas iba dirigida la quinta regla de la Orden Circular que estamos analizando, disponiéndose alguna prerrogativa, sin apartarse al mismo tiempo de la norma general: así los sacerdotes, y los miembros de aquellas familias que tuvieran derechos de enterramiento en parroquias o conventos, también deberían sepultarse en los nuevos camposantos, pero se les otorga el privilegio de reposar en sepulturas privativas y situadas en lugares preeminentes. Pero se plantea otra excepción que deja la puerta abierta a nuevas intrigas, favores y estipendios en favor de sacerdotes y autoridades civiles; este mismo privilegio antes indicado puede extenderse a otras personas que lo deseen, "*pagando lo que se estime justo*"²⁹. ¿Quién era el encargado de entender y conceder estas singularidades?, ¿qué méritos eran exigibles para su concesión?, ¿quién y como establecía ese "importe justo"?; son cuestiones, voluntaria o distraídamente, no respondidas en la circular.

Más escueta, pero totalmente necesaria, es la regla sexta, relativa a la procedencia de los fondos necesarios para las construcciones que se ordenan; tal brevedad se justifica porque no decide nada nuevo al respecto, remitiendo directamente a la Cédula de Carlos III³⁰. Solamente añade una pequeña complementación, que puede ser una muestra del deterioro económico sucedido en los diecisiete años que separan ambas normas: deben armonizarse el decoro y la seriedad con las sencillez y la economía.

La séptima regla podríamos calificarla como burocrática, y como tal es más larga y tediosa que las demás; aunque quizás se pueda resumir más fácilmente. Consiste en esencia en una serie de procedimientos de control, disfrazados algunos como ayuda, para conseguir su más apropiado cumplimiento. Una vez elegidos los terrenos, levantados los correspondientes planos y elaborados los respectivos presupuestos, se le notificará todo al ministro responsable, para que, en su caso, lo apruebe o disponga las correcciones que estime oportunas, y dé autorización para que se liberen los fondos oportunos indicados en esta misma circular. Cuando estos fondos no sean suficientes el ministro dispondrá la forma de obtenerlos de otras partidas, bien de la administración municipal, bien de la estatal. Corresponde asimismo al ministro, dirimir todas aquellas circunstancias especiales que puedan surgir en el proceso en cada lugar.

²⁹ AMA(H). Legajo 597/2.

³⁰ Ob. cit. Novísima Recopilación. Libro I. Título III. Ley I. Punto 5. (nota al pie nº 12).

Y aún se contempla su intervención en otra excepción que parece contravenir toda la circular: la posibilidad de eximir a alguna villa o pueblo de construir el cementerio fuera de las poblaciones. Se aprecia aquí, a mi juicio, un doble significado: económico e higiénico; cuanto más pequeños eran los lugares de población, mucho más difícil era obtener los fondos precisos para la obra; pero también la dispersión de viviendas que generalmente en ellos se daba, disminuía de forma significativa el riesgo de transmisión de procesos morbosos con relación a los mayores y más apiñados núcleos de población; y así parece también deducirse de la Orden Circular del Consejo³¹.

Finaliza el escrito instando al Corregidor alcalaíno al cumplimiento de lo en él prevenido, tanto en la ciudad capital del partido como en todas las poblaciones del mismo, para lo que hará circular la orden por todas ellas por los procedimientos de costumbre³².

Consecuencia directa del anterior documento es el que sigue inmediatamente en el mismo legajo 597/2 del AMA(H). Se trata de un folio manuscrito firmado por Miguel de Mendinueta en Madrid el 9 de julio de 1804, y dirigida al "*S.^{or} Alc.^{de} m.^{or} de la Ciudad de Alcalá*". Realmente es una insistencia sobre todo lo anterior, vuelve a reiterar a la máxima autoridad alcalaína lo dispuesto en las circulares del Consejo del 26 de abril y 28 de junio, recordando como él había sido nombrado como ministro encargado de estimular y comprobar en el arzobispado de Toledo, todo lo dispuesto en las mencionadas disposiciones referente a la construcción de cementerios. Ejerciendo su cometido escribe este documento instando la pronta puesta en marcha de lo mandado, tanto en Alcalá como en los pueblos de su partido, y que se comuniquen enseguida los avances u obstáculos que acontezcan. Por si acaso pudiera acontecer algún problema de competencia de jurisdicciones, indica se le haga constar con prontitud: "...y remitiendome desde luego lista de los

³¹ AMA(H). Legajo 597/2: "*El mismo Señor Ministro estimará tambien si en alguna Villa ó Lugar de poblacion dispersa se podrá permitir que se establezca el Cementerio dentro de su recinto comun y en parage bastantemente distante de las habitaciones del vecindario, y en que concurran ademas las otras circunstancias que son necesarias para que se logren cumplidamente los objetos á que se dirigen estos importantes establecimientos*".

³² AMA(H). Legajo 597/2: "*Lo participo á V. de orden del Consejo para su cumplimiento en la parte que le corresponde, y que al mismo fin lo circule á las Justicias de los Pueblos de su Partido; en inteligencia de que para facilitar la correspondencia relativa á este importante asunto ha acordado también el Consejo se dirijan todos los pliegos concernientes á él con la cubierta exterior á la Escribanía de Gobierno de mi cargo, y la interior al Señor Ministro Comisionado; y del recibo de esta espera me dé V. aviso*". [Después de las V. hay en ambos casos un espacio, muy posiblemente para completar de manera manuscrita según el tratamiento debido a la autoridad a la que se dirigiera].

Pueblos de su Partido, espresiva de si hay algunos q.^e pertenezcan á diferente Diócesis, ó que esten exentos de su jurisd.^{om}.

Dos explicaciones pueden proponerse para tanta insistencia: la necesidad del ministro de exponer su posición de preeminencia en la cuestión sobre las autoridades locales, tanto civiles como religiosas, en virtud de poderes dimanados de Consejo de Castilla y, consecuentemente, del Rey; y, por otra parte, la sensación de Miguel de Medinuela, por cierto bastante bien fundamentada, de que las medidas propuestas iban a ser vistas con recelo y demoradas lo más posible. Si esta segunda opción, por otra parte perfectamente compatible con la primera, fue valorada, don Miguel atinó de pleno, como tendremos ocasión de demostrar.

Poco tardó en reaccionar la autoridad complutense, pues apenas unos días más tarde, el 20 de julio, según documento del mismo legajo 597/2 del AMA(H), decide las primeras medidas al respecto. En un escrito firmado por el corregidor y justicia mayor de Alcalá y su tierra, Agustín de Cuadros Rodríguez, del que da fe como secretario Nicolás Azaña, el corregidor dice haber recibido la notificación del ministro Miguel de Medinuela y las dos ordenes relativas a la construcción de cementerios; y que, según se ordena en ellas, ha dispuesto enviarlas a los pueblos del partido, tomar medidas para que se inicie lo en ellas mandado, acusar recibo, conforme a lo que también en ellas se indica e instar al Ayuntamiento para que, si a bien lo tiene, nombre comisionados que puedan asistir a las reuniones que la autoridad pueda organizar en el futuro para llevar a cabo la empresa que deseaban en Rey y su Consejo³³.

Debe reconocerse que fue rápido Agustín de Cuadros en poner manos a la obra, al menos en lo referente a la puesta en circulación a la justicias de los pueblos como demuestra el 2º documento, por orden cronológico, de los que se encuentran en el legajo 1085/3 del AMA(H), del que se hallan ocho copias impresas, que está firmado por el corregidor el 22 de Julio de 1804, en cuyo pie aparece su destinatario: "A la Justicia de la villa de _____", a falta de escribir a mano las respectivas villas a las que debía dirigirse cada una de las copias; como si estos impresos fueran los sobrantes después de haber remitido los demás. Comienza así el texto: "*Por el Ilustrísimo Sr. Miguel de Medinuela, del Consejo y Cámara de S.*

³³ AMA(H). Legajo 597/2: "...que se ha dado la disposicion conveniente para circularlas á las Justicias de los Pueblos de este Partido, como se manda, y a reserba de providenciar quanto sea oportuno al devido cumplim.to, de acusar el recibo, y dar cuenta de quanto se actue, decretó que á los efectos q.e haya lugar y p.a su intelig.a se haga saber al Ylt.e Ayuntam.to en el primero q.e se celebre, con óbjetto de q.e si le pareciere pueda nombrar Comisionados que concurren á las Juntas q.e forzosamente se han de celebrar en el asunto".

M. Se me ha dirigido con fecha 9 del corriente mes la Orden siguiente:”, tras lo cual transcribe literalmente la citada y antes comentada comunicación. Finaliza instando su cumplimiento en todos los pueblos del partido y con la despedida habitual³⁴.

Para un hombre de los inicios del siglo XXI, puede ser motivo de sonrisa el que se tache de rápida la reacción del Corregidor, si se tiene en cuenta que aprovecha su escrito de 22 de julio, para enviarle a los pueblos junto con el de Miguel de Mendiñeta de 9 de julio y la Orden Circular de 28 de Junio; por ello creo oportuno hacer dos matizaciones: 1ª.- el concepto de rapidez en muchos aspectos, y entre ellos en la transmisión de noticias, ha variado mucho en dos siglos, pasando del conductor que en caballería debía, como hemos tenido ocasión de ver, llevar las órdenes pueblo por pueblo, a los instantáneos fax y correo electrónico. 2ª.- En este mismo sentido, podría haber sucedido que la citada Orden Circular llegará a Alcalá junto con el escrito de Mendiñeta e, incluso las notificaciones impresas para los pueblos, preparadas para sólo añadir a pluma el nombre de cada población; y así parece deducirse del texto firmado por el corregidor y Nicolás Azaña el 22 de julio³⁵. Si fue así, Agustín De Cuadros y Rodríguez actuó con una diligencia extrema en la notificación a los pueblos.

Se puede apreciar que ya en dos ocasiones he relacionado la rapidez con la notificación, y puedo asegurar que ha sido de manera totalmente intencionada, pues si hemos de referirnos a la planificación y ejecución de las obras propuestas, las cosas cambian radicalmente. Si bien es verdad, y menester es reconocerlo, que la Guerra de la Independencia dejó los ánimos, y aún más los fondos públicos, para pocas florituras, sumiendo al país en una crisis aún mayor que la que venía arrastrando; y que, a pesar de todo, algún tipo de medidas referentes a los enterramientos sí tomó el Ayuntamiento complutense. Podemos comprobar lo aquí manifestado en unos documentos de 1817, en los que se insiste a las autoridades locales y éstas informan sobre lo que se ha hecho, lo que hasta ese momento no se ha realizado, y el por qué de esa situación de incumplimiento parcial.

³⁴ AMA(H). Legajo 1085/3: *“La que traslado á Vmds. Para su observancia y cumplimiento, al mismo tiempo que comunico la del Supremo Consejo de 28 de Junio próximo relativa al mismo asunto.*

Dios guarde á Vmds. Muchos años. Alcalá de Henares 22 de Julio de 1804”.

³⁵ AMA(H). Legajo 597/2: *“El S.or Lic.do D.n Agustín de Quadros y Rodríguez, Abogado de los R.s Cons.s Correg.or y Just.a mayor de ella y su tierra, dixo ha recibido por el correo ordin.o las dos ordenes precedentes relatibas á la construccion de Cementerios á la posible brevedad en los Pueblos del Reino”.*

Efectivamente, en 1817 llega a Alcalá una orden firmada el 11 de marzo por Jose Antonio de Larrumbide y dirigida a los “Sres. *Corregidor y Ayuntam.¹⁰ de la Ciudad de Alcalá de Henares*”, con la siguiente argumentación: Consta en el gobierno que a pesar de la reiteradas órdenes del Rey y el Consejo referentes a que se deje de enterrar en las Iglesias, esas disposiciones están siendo sistemáticamente incumplidas en esa Ciudad, lo que además sirve de ejemplo a los pueblos del Partido, que omiten también la observancia de la normativa siguiendo el modelo de su capital³⁶.

En virtud de todo lo antedicho se ordena al Ayuntamiento que informe de cuál es la situación real de Alcalá referente a los enterramientos y construcción de cementerios, respondiendo si todavía se entierra en las iglesias, y si es así quién ha dado las instrucciones para ello, junto a las demás alegaciones concernientes a la cuestión que la Corporación municipal considerara pertinente añadir.

La respuesta del Ayuntamiento, clara y concisa, no deja lugar a dudas sobre el estado del asunto en 1817, que refleja con nitidez. Tras encargar un informe al señor Aparicio, se le envía manuscrito, una vez aprobado por el pleno, al señor José Antonio de Larrumbide. Se trata de un escrito de suma importancia, porque resume en breves líneas todos los males del momento que impedían la obediencia de las Reales Órdenes e instrucciones acompañantes. Dada la relevancia considerada, ha parecido conveniente la inclusión completa del texto como pie de página, para proceder posteriormente a su comentario³⁷.

En primer lugar, parece evidente que se trata de un documento sincero, que no trata de ocultar lo que está sucediendo sino exponerlo en toda su crudeza, si

³⁶ AMA(H). Legajo 597/2: “siguiendose entre otros inconvenientes, el de que en los pueblos del Arzobispado se resista el uso de los cementerios á la sombra de lo que se practica en las capitales”.

³⁷ AMA(H). Legajo 597/2: “El Ayuntam.to de esta Ciudad de Alcalá de Henares, contestando á la or.n de V.S. de once del corr.te con la sinceridad, y verdad que corresponde dice: que nó se ha construido en ella por los anteriores Ayun.tos Cementerio alguno con las calidades prebenidas en las Reales ordenes, sin duda alguna por la falta de fondos con q.e siempre ha estado y esta oprimida esta Cuidad; pero que se ha suplido en parte este defecto con la aplicacion de la hermita de San Isidro extramuros de la Ciudad, para sepultar en ella los cadáveres de q.e ha sido susceptible, y tambien con otra llamada de los Doctrinos q.e está situada a la extremidad de la Población. Por desgracia la corta extension, y capacidad de una, y otra, unida a la mala calidad del terreno p.a semejante obgeto, nó ha permitido se continúe dando sepultura en ellas á los q.e han fallecido despues; á lo q.e tambien habia podido contribuir la ignorancia, y equivocadas ideas de alguna parte del Pueblo. En su conseq.a se han echo, y hacen de dos, ó tres años á esta parte todos los entierros q.e ocurren en las Yglesias á que pertenecen los cadaveres. Es quanto el Ayuntamiento puede informar á V.S. Alcalá de Henares, diez y siete de Marzo de mil ochocientos diez y siete”.

esa franqueza es espontánea o movida por temores a represalias en caso de ocultar la verdad, es algo que no estamos actualmente en condiciones de dirimir. Sin embargo sí expone un pretexto totalmente lógico para exculpar a la corporación que gobernaba en aquellos momentos y a las anteriores: la falta crónica de fondos. Ya hemos visto como las propias órdenes que decretaban la construcción de cementerios eran conscientes de las dificultades económicas que iban a crear a ciudades y pueblos.

A pesar de ello, demuestran, o quieren demostrar, un cierto interés municipal por aproximarse en lo posible lo mandado, una vez incumplida la premisa principal de construir un cementerio. Así han dispuesto que se alejen los enterramientos lo mas posible de los más densos lugares de población, sacándolos hacia la ermita de san Isidro, rodeada entonces de terreno totalmente descampado y situada extramuros de la ciudad, o hacia la ermita del Cristo de los Doctrinos, intramuros, pero en la misma puerta de Aguadores. Si se valora literalmente el escrito, parece que con frecuencia se sepultan los difuntos no en el entorno, sino en el interior de estos templos, con todos los inconvenientes y riesgos ya comentados, a excepción de la cercanía a los núcleos principales de habitación; aunque cabe la posibilidad de que los enterramientos se realizaran en los terrenos periféricos a las ermitas y no en el interior, considerando ambas partes como un todo indisoluble.

La medida aparece como totalmente provisional, pues el mismo escrito recoge que el poco espacio disponible ha agotado las posibilidades de ambas ermitas; un dato más que hace pensar en las sepulturas interiores en las construcciones dedicadas al Cristo de los Doctrinos y a san Isidro, pues en las proximidades de ambas, y más especialmente de esta última, el terreno disponible debía ser suficiente para erigir un cementerio de extensión y condiciones apropiadas.

Hay un comentario que aparece como de soslayo en la respuesta del Ayuntamiento, pero que realmente está transmitiendo una de las motivaciones más trascendentes a tener en cuenta en todo este proceso de interacción de factores, que se produce en torno al hecho de propugnar cambios en los lugares de enterramiento, me estoy refiriendo a la cuestión ideológica. Ya se ha expuesto como era una creencia bastante difundida, que el sepultar los cadáveres en los templos, podía propiciar un más pronto tránsito al cielo de sus almas, llegando incluso a la aberración de pensar en una mayor facilidad cuanto más cerca estuviera la sepultura del altar mayor. Un pensamiento secular no iba a ser desechado en pocas décadas por mucho empeño que pusieran los higienistas y políticos ilustrados, y precisamente uno de los motivos que aduce el Consistorio alcalaíno para la vuelta a enterrar en las parroquias, junto al económico y la falta de espacio, es que

“tambien habia podido contribuir la ignorancia, y equivocadas ideas de alguna parte del Pueblo”. Como en tantas otras obras humanas, poco puede conseguirse si lo material no es inspirado y alentado desde la comprensión de la ideas; y cuando éstas interaccionan con lo religioso, todo puede resultar muy complicado.



BIBLIOGRAFÍA

- ANES, Gonzalo; *Economía e Ilustración*; Editorial Ariel; Barcelona; 1969.
- BARONA VILAR, Joseph Lluís; *Salud, enfermedad y muerte. La sociedad valenciana entre 1833 y 1939*; Ed. Institució Alfons el Magnànim (Diputació de Valencia); Valencia; 2002.
- GALÁN CABILLA, José Luis; *Madrid y los cementerios en el siglo XVIII: El fracaso de una reforma*; en *Carlos III, Madrid y la Ilustración*; Siglo veintiuno de España Editores; Madrid; 1988.
- SOUBEYROUX, Jacques; *Pauperismo y relaciones sociales en el Madrid del Siglo XVIII(I)*; en *Estudios de Historia Social*; Núms. 12-13; Ed. Instituto de Estudios de Sanidad y Seguridad Social; Madrid; 1980.
- Las Siete Partidas*; edición facsímil editada por el B.O.E. de una publicación editada en Salamanca en 1555 por Andrea de Portonaris.
- Novísima Recopilación*; Madrid; 1805.